

ATENEEO BARCELONES

INAUGURACION DEL CURSO
1961-62

DISCURSOS PRONUNCIADOS POR LOS

Excmo. Sr. D. PEDRO GUAL VILLALBÍ

Presidente de la Entidad

Y

D. SEBASTIÁN JUAN ARBÓ

Vocal de la Junta Directiva



Ateneo Barcelonés
BIBLIOTECA

N.º 76.252

Arm. 215-V

Est. vol, V

8º)

92 (Sag) Jua

MINISTERIO
DE CULTURA



MINISTERIO
DE CULTURA



MINISTERIO
DE CULTURA



ATENEO BARCELONES

INAUGURACION DEL CURSO
1961-62

DISCURSOS PRONUNCIADOS POR LOS

Excmo. Sr. D. PEDRO GUAL VILLALBI
Presidente de la Entidad

Y

D. SEBASTIAN JUAN ARBO
Vocal de la Junta Directiva



REPUBLICA DE ESPAÑA

ORDEN DE 15 DE ABRIL DE 2005
DE 15 DE ABRIL DE 2005

MINISTERIO
DE CULTURA

SECRETARÍA DE ESTADO DE CULTURA

RESOLUCIÓN de 15 de abril de 2005, de la Secretaría de Estado de Cultura, por la que se aprueba el programa de actividades de la Feria del Libro de Madrid 2005.



R: 76.252

Excmo. Sr. D. PEDRO GUAL VILLALBI

DISCURSO DE INTRODUCCION



MINISTERIO
DE CULTURA

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

MINISTERIO
DE CULTURA



Excmos. e Ilmos. Sres., señoras y señores :

Este corto discurso que voy a pronunciar ante ustedes, no tiene más que un objeto, el de hacer una declaración pública de que la Junta Directiva del Ateneo ha infringido por dos veces sus Estatutos. La confesión implica en seguida una justificación necesaria y estoy seguro que cuando explique las causas o los motivos, ustedes, este auditorio tan inteligente y comprensivo, nos excusará por completo, nos dará la absolución total.

En el tiempo que esta Junta Directiva viene conduciendo los asuntos del Ateneo Barcelonés, y de eso hace ya algunos años, porque dentro de pocos meses se cumplirá el decenio, hemos tenido la constante preocupación de ajustarnos a los preceptos reglamentarios. Así rehabilitamos la solemnidad de apertura de curso, un tanto decaída, y como el precepto reglamentario dice que en esta solemnidad el Secretario ha de leer la memoria reglamentaria y el Presidente ha de pronunciar un discurso doctrinal, así hemos venido haciéndolo año tras año, aun a riesgo de incurrir en monotonía, o de provocar el cansancio de un auditorio tan constante, porque oía siempre la misma palabra, el mismo tono, siempre la voz del mismo Presidente, aunque, naturalmente, variasen los temas que formarían el fondo doctrinal de los discursos.

Pero las circunstancias aconsejaron, mejor diría, impusieron en un momento dado, la excepción, la infracción del reglamento. Se trataba de una efemérides que tenía para el Ateneo importancia destacada, excepcional, y había que hacer una solemnidad de apertura de curso en consonancia con la celebración con que queríamos nosotros festejar esta efemérides. El Ateneo había cumplido sus primeros cien años, el Ateneo tenía ya un siglo de existencia y para celebrar esto nos pareció que no era propio organizar un programa de festejos sino atenernos a lo que es el espíritu, el alma auténtica de nuestra casa, nuestra labor cultural y asociar la celebración del centenario con esa labor nuestra, haciendo un curso extraordinario, un curso excepcional.

Tan lo ha sido, que al escuchar ahora la reseña de los actos que compusieron el curso del año pasado, habéis podido apreciar la altura de la labor cultural desarrollada, la categoría de los conferenciantes y profesores, el interés de actualidad y de fondo de los temas que se desarrollaron. Tampoco podía ser, al formar el

programa del que llamábamos «curso del centenario», que la solemnidad de apertura se hiciese de la manera protocolaria y rutinaria con que veníamos haciéndolo ; tenía que revestir un carácter adecuado a la naturaleza del acto y nos parecía que lo mejor era que en él se hablase del Ateneo mismo, que celebraba sus cien años, es decir, hablásemos de su vida íntima y de su proyección externa. Cuando se celebran los aniversarios en la intimidad, se es propenso a evocar los recuerdos del pasado, a reexaminar el presente y hacer cábalas sobre el futuro. Éste tenía que ser el objeto del discurso fundamental del acto de apertura del curso del centenario y nadie podía hacer esto mejor que José María de Sagarra, no solamente por su talento, por su cultura y su dominio de la palabra, sino porque José María de Sagarra llevaba el Ateneo en su alma ; él nos había dicho, nos lo repitió en ese discurso a que aludo, que vino al Ateneo siendo casi un niño, que aquí pasó su adolescencia, en estos salones se desarrollaron los mejores años de su madurez. Él conocía como nadie los secretos de nuestra biblioteca ; había animado las peñas y las tertulias de ese Ateneo, tan características, peculiares de nuestra casa y la sentía tan a lo hondo que, repito, sólo Sagarra podía ser el artífice del discurso que convenía al acto inaugural de aquel curso del centenario.

Todos recordaréis lo que fué el discurso, que no voy a comentarlo porque lo hice en una segunda ocasión de que os voy a hablar. No acostumbra el Ateneo a celebrar actos de clausura de los cursos ; hace sí unas reuniones entre los profesores y alumnos de las clases ordinarias que se dan en esta casa, pero solemnidad de clausura, no. Sin embargo, como se trataba de un curso extraordinario, excepcional, celebramos un acto de final de año académico, que hicimos coincidir con la imposición de la Cruz de Alfonso el Sabio a nuestro José María de Sagarra. Lo habéis captado también al leer el Secretario la Memoria. Sagarra recibió esta distinción, que le otorgaba el Jefe del Estado, con una gran ilusión, casi diría con una ilusión infantil, que es la más pura y la más intensa de las emociones, y nosotros quisimos que al imponerle las insignias que se le habían ofrecido conjuntamente por el Ateneo y por la Sociedad de Autores, coincidiese con la celebración del término de este curso extraordinario en el que él había tomado tanta parte en su organización y en su desarrollo.

El acto tuvo lugar en esta casa y fue un homenaje a quien tantos había recibido ya, a quien tantos más habría recibido si hubiese continuado su vida ; pero yo estoy seguro que el homenaje, el último que recibió en esta casa, fue el que más profunda emoción y satisfacción causó a Sagarra, primero por la distinción que recibía, la alta condecoración de la gran Cruz de Alfonso el Sabio ; también porque las insignias se las ofrecían las dos

entidades en las que él participaba con mayor voluntad de entusiasmo, el Ateneo y la Sociedad de Autores; porque al acto se asociaron un amigo tan íntimo y de tanta categoría como Valeri y vino a participar, representando a la Sociedad de Autores, Calvo Sotelo, insigne escritor que nos obsequió con una magnífica conferencia cuyo tema fundamental era situar a Sagarra en el ambiente barcelonés.

Sagarra ya no está aquí. Sagarra había sido el eje principal en la inauguración del curso, había sido también el protagonista del acto de la clausura. Ahora ha desaparecido físicamente de entre nosotros, no está en su sillón de la Sala de Juntas, está vacía la silla donde él se sentaba en este salón, en la primera fila, con la avidez de curiosidad y de entusiasmo pues sentía esta fiesta como ninguno de nosotros. Él, un ateneísta tan integral, gozaba en todos los actos del Ateneo y daba a éste el valor intrínseco, real y social que esa inauguración de curso tiene. Nos ha legado Sagarra los frutos valiosísimos de su inspiración, de su inteligencia y su cultura y nos ha dejado sobre todo, aquí en el Ateneo, muestras inapreciables de su gran afecto a esta casa, de la colaboración eficaz y desinteresada que le dio en todo momento y durante largos años. Por todo esto el Ateneo tenía que rendirle un homenaje póstumo, y la Junta deliberó sobre ello. No parece tan fácil organizar un homenaje adecuado en importancia cuando lo inspiran la admiración y el afecto y se ha debido equilibrar con la categoría de la persona que en este homenaje póstumo se rinde. Así, todo nos parecía poco. No son los mejores homenajes los más ruidosos, no son las muestras de sentimiento más hondo las que son más espectacularmente brillantes. Así, antes se celebraban para estos casos unas sesiones académicas que se llamaban veladas necrológicas en las que unos cuantos señores respetables tomaban cada uno una faceta del personaje fallecido y entretenían al auditorio que desviaba su curiosidad estableciendo una especie de competencia entre los oradores participantes para comentar si estuvo mejor fulano o estuvo peor mengano, y la memoria, el recuerdo realmente para el homenajeado quedaba un poco desvaído; de tal modo, que ha caído en desuso esa práctica de las veladas necrológicas, que habían degenerado propiamente en lo que llamaríamos una especie de mitin funerario.

Repito que las muestras de sentimiento, de dolor, que es el homenaje más sentido que el alma puede hacer al amigo, a la persona a quien se admira, a la que se quiere, tienen mucho más valor en la intimidad. No son las pruebas de sentimiento más grandes las que dan las lloronas que desfilan tras los entierros por algunos pueblos atronando el espacio con sus gritos desgarradores, porque lo hacen a sueldo. El dolor más hondo está en la intimidad de la familia, entre los pocos, y ahora aquí en la inti-

midad de nuestro Ateneo, con vosotros, público asiduo, identificado con nuestra casa, es donde hemos de hablar de Sagarra y expresar el sentimiento de su ausencia definitiva. De Sagarra se habla en la Memoria, os estoy hablando de Sagarra y pensábamos que esta sesión sólo a Sagarra podía dedicarse. Si él había sido la figura prócer en el acto de inauguración del curso y en el de clausura, nos pareció inexcusable que en este primer curso que se inaugura, ya normal después de aquel otro extraordinario y habiendo fallecido Sagarra en el interregno, a la memoria de Sagarra teníamos que dedicarlo. Por esto infringimos otra vez la costumbre de que no sea el presidente quien pronuncie el discurso inaugural.

Este año lo va a hacer Sebastián Juan Arbó. La Junta confió la semblanza de Sagarra a este escritor bien conocido, novelista de fama, amigo del difunto, ateneísta entusiasta como Sagarra, espíritu muy sensible a la emoción, gran maestro en hacer biografías de personajes eminentes. Sebastián Juan Arbó nos va a emocionar en seguida recordándonos a Sagarra y nosotros, mientras escuchamos, cada uno de nosotros le dedicará el pensamiento y en el corazón un recuerdo de admiración y de afecto.

Este será nuestro homenaje íntimo y fervoroso y pensaremos que si Dios nos ha privado de Sagarra, con una gran sorpresa de la que no nos rehacemos, porque Sagarra era un hombre fuerte, de naturaleza vigorosa, tan vigorosa que cuando la Parca lo señaló con el dedo de la muerte, era ya un hombre que parecía cadáver desde los primeros días y los médicos sentenciaban que la muerte era cosa de días, tal vez de unas horas. Sin embargo, resistió. Ahora nos parece extraño que aquella naturaleza robusta, llena de vida, vibrante de energía, pueda faltar entre nosotros. Pero ha quedado aquí algo más firme que la naturaleza física, es su espíritu, la inteligencia poderosa de Sagarra, los frutos de su ingenio, su poesía, ese amor a Cataluña expresado en el lenguaje vernáculo, pero que él identificaba completamente con los sentimientos nacionales. Era de estos grandes poetas nuestros que expresándose en nuestra lengua y amando nuestras cosas, rinden un tributo a la Patria porque ponen en el florón de la corona de España ese brillo refulgente que tienen las cosas de Cataluña. Sagarra no está con nosotros en lo físico, pero está aquí y perdurará su espíritu, que pedimos a Dios que lo tenga en la Gloria. (Aplausos).

D. SEBASTIAN JUAN ARBO

JOSE M.^a DE SAGARRA

POETA DE CATALUÑA



UNIVERSIDAD DE SEVILLA

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES Y ANÁLISIS DOCUMENTALES

DEPARTAMENTO DE BIBLIOTECA Y DOCUMENTACIÓN

MINISTERIO DE CULTURA



Voy a hablarles de José María de Sagarra ; mis compañeros de este Ateneo, y un poco, hay que confesarlo, mi debilidad, me han llevado aquí a esta tribuna, para, en este solemne acto, hablarles a ustedes del compañero desaparecido.

A mí me parecía que no era yo la persona más indicada para hablar aquí de José María de Sagarra. En realidad, le conocí poco y tarde. Cuando yo llegué a Barcelona él estaba en la plenitud de su fama y de su talento, en su momento más brillante, un poco desvanecido, y escasamente, o nada, interesado por cosas que no fuesen él, que no fuese su fama, que es pecado muy común entre poetas, aquí y en todas partes, y que es preciso perdonar en gracia a sus merecimientos.

Sagarra llenaba entonces a Cataluña con su verbo y con la fama de su nombre ; sus comedias eran representadas y aplaudidas, sus versos leídos y admirados, Sagarra, en aquel momento, festejado y agasajado, mimado puede decirse, eran sin duda, como poeta, la primera figura de Cataluña. Tiempo feliz aquel, en verdad ; tiempo feliz aquel, en que la figura de un poeta representaba algo todavía en la sociedad de los hombres, y no la habían ahogado, como ahora, la gritería, la confusión, los discursos de los políticos, la mediocridad del ambiente, el miedo, y las voces desvergonzadas de la propaganda, que ha invadido ya todos los campos. Una simple ojeada al panorama del mundo, nos convencería al punto de lo que hemos perdido con el cambio.

Tardé mucho en ponerme en contacto con nuestro poeta, y más en ser amigo suyo, si llegué a serlo nunca ; yo creo que no, cuando menos en el concepto que tengo yo de la amistad, no en este concepto moderno en que hemos acabado todos en ser queridísimos amigos, tratándonos todos de tú, y en que, si se mira bien, es cuando apenas existe la verdadera amistad. Tardé, pues, mucho en tratar a José María de Sagarra ; aquél de mi llegada no era el momento, a pesar de la admiración que sentía entonces por él ; después me pareció que él no era el hombre. Había demasiada diferencia entre los dos, primero en la fama, demasiada diferencia en las situaciones respectivas, y demasiada diferencia, ¿ por qué no decirlo ? en el modo de pensar y sentir. Él sentía un raro entusiasmo, una extraña reverencia, por aspectos de la vida, o de la sociedad, que a mí me dejaban completamente frío, y con-

tinúan dejándome, como son los honores en las personas, las jerarquías, establecidas sobre títulos o cargos, o el prestigio de la fama, que ya sabemos cómo se dan en el mundo.

Por mi parte, he pensado siempre, y he sentido, que los honores, la nobleza, están en las virtudes de uno, en sus prendas personales, en su sabiduría, su sencillez, y su bondad, sin que esto quiera decir que tales prendas no puedan coincidir con los títulos ni con los hombres que ostentan altos cargos. A veces, en efecto, coinciden y no necesitaríamos ir muy lejos para encontrar ejemplos. Yo no he tenido nunca, y doy por ello gracias a Dios, esta superstición; no veo en ellos mérito alguno, o sencillamente, no me siento deslumbrado o atraído, y no daría un paso para acercarme a un hombre que ostentase los cargos más importantes, poseedor de las mayores riquezas, y cargado de títulos y honores, e iría, en cambio, al fin del mundo para buscar la compañía de un hombre sabio y sencillo —para mí sabio y sencillo viene a ser la misma cosa—, y si pensara que allí lo había de encontrar; por ahora no sé que exista, ya que en Grecia, la patria de los grandes sabios, se iba buscándolo con una linterna, y aún no nos han dicho que lo hayan encontrado. Es de suponer que no.

José María de Sagarra, el hombre, se pagó a mi juicio demasiado de estas pequeñas vanidades. No es que yo lo censure. Cada cual obedece en esto a sus ideas, o a sus sentimientos, a su educación o a su carácter, y si en ellos se encuentra a gusto, no hay nada que objetar. Es posible incluso que haya en esto alguna virtud; yo no la se ver. No alabo el gesto de Beethoven, hundiéndose más el sombrero al paso del príncipe, porque la dignidad, y aún el orgullo, no excluye la educación y la justa reverencia que debemos a la dignidad de los cargos, pero puesto a elegir, preferiría este gesto a la actitud de un Goethe, y sobre todo, a la de tantos menos dignos que él, y que, a fuerza de bajezas y de adulaciones, han hecho de aquellos valores casi los únicos que se reverencian. No creo que me haga falta decir que no incluyo entre estos últimos a nuestro poeta: nuestro poeta, en aquel acatamiento no perdió nunca la dignidad ni la elegancia, que eran en él connaturales.

Su defecto, si lo era, era de otro orden; por mi parte, lo repito, no se lo censuro. Si hablé de él con respecto a nuestro poeta, no fue tanto para reprochárselo a él, como para justificarme a mí; ha sido con el único objeto de señalar las diferencias que me separaron de él, o que le separaron a él de mí, en el terreno de las relaciones humanas, cosa que no dejaba tampoco de tener su importancia en el momento de enfrentarme con él para este acto.

Yo pensaba, a parte de esto, y lo dije, que había otros mucho más indicados que yo para ocupar esta tribuna en esta noche;

otros había que, en mi concepto, reunían condiciones de amistad, de conocimiento del poeta, que yo no poseía y que podían presentarse aquí con tanto mérito como yo cuando menos; otros había, y no hace falta señalarlos, que le habían tratado y conocido desde la niñez; compañeros suyos de estudios, poetas que habían compartido con él los primeros sueños, que comulgaban mucho más que yo con sus ideas y sentimientos y que podían referirnos de nuestro poeta cosas de mucho más interés, más vivas, en el aspecto personal e íntimo, de las que puedo explicar yo limitado, sobre todo, a su obra y a los aspectos más conocidos de su persona.

Todo esto fue motivo, señores, para que yo me resistiera a ocupar esta tribuna, para hablar de José María de Sagarra; no obstante, se insistió de tal manera por mis compañeros de Junta, que parecía ya en mí descortesía, falta de correspondencia al honor que me conferían, que no dejaba de serlo, y sobre todo, el que pareciese que sentía yo algún oculto resquemor, alguna prevención muy sentida —o algo peor— contra el poeta, mucho más importante que los motivos aludidos.

No sólo no la sentía; no la podía sentir; en el aspecto personal no tenía con Sagarra el menor motivo de queja; los que tal piensen se equivocan. José María de Sagarra siempre tuvo para mí las mejores atenciones; no recibí de él sino muestras de simpatía, y diría incluso que me tuvo afecto, que sintió hacia mí alguna amistad, aunque, claro está, a su manera, y aunque no hubiera nada de todo esto, siempre quedaba para mí una cosa, una sola, pero que podía bastar para alentarme, y aún para justificarme ante los demás y ante mi mismo, y era que por encima de los gustos, las inclinaciones y hasta los sentimientos, estaba para mí el poeta y todas las prevenciones que pudiera alimentar, en lo personal, no borrarían ni por un momento ni la disminuirían, la admiración que en este respecto sentía.

A esta admiración mía por el poeta, mantenida desde mi juventud, se añadieron después otros motivos; otras virtudes, que fui descubriendo con el trato; era el atractivo de su persona, cuando se le conocía, se compartiesen, o no sus ideas, se estuviese conforme o no con su conducta: era la gracia inagotable de su conversación, la magia de su palabra, el tono de su voz, pues es preciso decir que Sagarra fue uno de nuestros primeros conversadores, y también aquí forzaba la admiración, sin contar otras virtudes adscritas a su persona y de que hablaremos también, y virtudes que casi nos compensaban de los defectos que pudiera tener.

Estas consideraciones y el miedo, repito, a desairar a mis compañeros, me animaron, al fin, a aceptar, a presentarme aquí ante ustedes para hablarles de nuestro poeta. Ya es hora, creo,

de que lo haga, y quizá hubiese sido preferible que empezara por aquí; pero yo he creído que debía, y me debía a mi mismo, esta explicación.

Existen en los dominios de las letras, como en las del arte, ciertas figuras que podríamos llamar de excepción. A estas criaturas aludí yo en mi «Cervantes» y quiero repetir ahora lo que dije allí: «Hay seres —escribí— que vienen al mundo dotados de este don de la transparencia y de la gracia a los que no hay engaño ni disfraz que resista: a la primera mirada se descubre en ellas el sello de las almas privilegiadas, y todos de mal o de buen grado se ven forzados a rendirles pleitesía». Escribí esto a propósito de Lope de Vega, y lo repetí más adelante con respecto a Oscar Wilde, en el estudio que consagré a este escritor. También nuestro Sagarra puede ser colocado al lado de ellos; se les parece, y lo dije allí, entre los pintores Rafael, Rubens, y sobre todo, Van Dyk. Tal vez en su arte tengan poco que ver entre sí, aunque yo me atrevería a hermanarlos, también en él, por un cierto aire suntuoso, o señor, por cierta elegancia principesca, y a veces, por una nota insolente o de orgullo. Ellos fueron, en verdad, príncipes: fueron los «príncipes sin principado» de que nos habla Maquiavelo, mas príncipes, pues, ya que tomaron de más alto sus prerrogativas, justificaron mejor sus títulos, y vivieron, en verdad, y derrocharon, y se comportaron como príncipes.

Tal vez Sagarra no tuvo la continuidad, la pureza, diría, que tuvieron aquéllos; quizá su obra no responde siempre a la dignidad de sus títulos, ni respondiera siempre a ella su conducta. No tuvo, desde luego, el orgullo de aquéllos, lo que fue un mal, y fue un bien; pero pocos entre nuestros poetas pudieron figurar como él con más títulos, en la brillante cohorte de aquellos elegidos; si no pudo hacerlo con igual dominio, tal vez no estuvo en él toda la culpa, sino en la pequeñez del medio.

Sagarra entra en la vida como un triunfador. Nace en el seno de una familia ilustre, en una casa señorial, y su niñez discurre entre halagos, entre los mimos de los padres, y las complacencias de la servidumbre; pasa los inviernos en su casa de Barcelona, en el corazón de la ciudad, y en los veranos se traslada al campo, a la casa de sus padres en Santa Coloma, donde aprende a amar a la naturaleza, y se aficiona a las plantas y a los pájaros.

Muy niño, le envían a la escuela; apenas entra en ella, figura ya entre los primeros, y a los pocos días se ha ganado la voluntad del profesor; no era cosa de poco en aquel tiempo de estacazo y tente tieso, consigna demasiado generalizada en el gremio. Pero precisamente una de las condiciones de Sagarra se-

ría esta : atraerse al punto las simpatías, ganarse la voluntad de los superiores allí donde se presentaba.

Estudia el bachillerato, y deciden que debe ir a Reus a examinarse ; en Reus se impone enseguida, y nos dirá después que examinarse en Reus era «como jugar al tute y cantar de continuo las cuarenta». Esto, hasta mucho después, pudo decirlo de todos los pasos de su vida ; siempre avanzó en ella con las cuarenta en la mano, con todos los triunfos.

Todavía en su vejez se acordaría de Reus, y de su Instituto. «¡ Inefable Instituto de Reus !» —escribirá— inefable Instituto de Reus, donde yo pescaba matrículas de honor con la misma facilidad con que después, oyendo cantar las cigarras en las encinas de San Pedro de Vilamajor, pescaba las ranas en el charco de ca'n Durroca ! De aquella fonda y de aquel Instituto conservo un recuerdo sin una gota de hiel.

Estudió más adelante en los Jesuitas, y su paso por allí se señala también por un continuo triunfo, cosa en verdad de admirar ; otro triunfo, una nueva fiesta, fue la Universidad, y lo fue después su carrera literaria. Todo, en efecto, se le dio con facilidad suma y cosas que a otros les costaban años y fatigas, él las obtenía sin esfuerzo, con sólo alargar lá mano : le caían en ella como un fruto maduro. Para ello le servía, sobre todo, su aplomo, que nunca le faltó ; el hecho de pertenecer a una familia ilustre y su distinción natural, y le servía también un cierto tacto, un tino, que no sé si llamarlo sentido acomodaticio, o bondad —debía de haber de las dos cosas— que le permitió navegar siempre con viento favorable entre los escollos de la vida.

Fuera de los estudios, su existencia en el mundo se desenvolvía con las mismas características. Había dado sus primeros pasos en la carrera literaria, y avanzaba en ella con paso firme. Él se alaba incluso del tino que le guió, de su prudencia : «Por más que parezca extraño —dice— ya que mi inconsciencia era fabulosa, yo fui de los que saben esperar, y antes de disparar mi primer libro lo pensé mucho». Es verdad, y no tuvo así que arrepentirse, como tantos, de sus primeros libros, aunque también lo es que no tenía ningún motivo para apresurarse.

Había publicado ya sus primeros versos y acababa de obtener un premio en los Juegos Florales ; ya se sabe la importancia que entonces tenían, y aquella noche, en la cena anual de los Juegos, se vio rodeado de los hombres más destacados en el dominio de las letras y la poesía y alabado por ellos. «Yo —dice— era un niño, y nada más que un niño, y me veía de golpe levantado a la altura como una calabacera y tratado de tú a tú por hombres que sólo me inspiraban respeto». Es verdad, pero tampoco se sintió cohibido ; él atribuye el hecho a las enseñanzas de uno de sus pro-

fesores, el P. Moreu, de los Jesuítas, pero la verdad es que había mucho de disposición natural.

El año 13 fue para él un año de triunfos, uno de los mejores de su vida. En este tiempo acudía a todos los premios, concursos, certámenes poéticos; no tenía apenas otra cosa que hacer; el año 13 hubo certámenes en muchos pueblos con motivo de la celebración de las constantinianas, «que, dice, en Cataluña revistieron gran solemnidad». Se celebraron, en efecto, certámenes de poesía en Ripoll, en Barcelona, en Montserrat, y en otros lugares no tan importantes. Sagarra acudió a los tres, y en los tres obtuvo premio; en estos premios se vio emparejado con los poetas jóvenes más famosos: con Bofill y Matas, Carner y López Picó, a los cuales, a pesar de todo, muy pronto había de eclipsar.

El éxito más resonante, el que le llenó más de satisfacción, fue el que obtuvo en Ripoll; fue también allí donde la fiesta revisió un carácter más solemne. Durante su estancia en la ciudad se hospedó en casa de una parienta, la marquesa de Dou. La noche antes de la fiesta, la Marquesa reunió en su casa para la cena a lo más importante de la iglesia de Cataluña, a las personalidades más ilustres, que habían acudido allí para el certamen. «Fue —dice— la cena más eclesiástica de mi vida». En ella se sentaban alrededor de la mesa, cuatro obispos, y dos abades, y entre aquellos Torres y Bages, obispo a la sazón de Vich y que era sin duda la primera personalidad de Cataluña en el campo religioso. Las ilustres personalidades se interesaron por el poeta novel, que antes de admirarles con sus versos, les cautivó ya con su desenvoltura, y con la gracia de su conversación; lo hizo sobre todo, Torres y Bages, que le dispensó, como dice, una atención especial, y que continuó después interesándose por él. Fue una jornada triunfal, la más brillante de su vida. Una cosa, no obstante, le ensombreció la fiesta; fue una pena. La Marquesa, en efecto, propuso que al día siguiente su famoso sobrino ayudase como sacristán en la misa solemne que debía officiar Torres y Bages. Fue una idea de su tía y no se felicitó de ella ni la felicitó: aquello comportaba en efecto, la obligación de madrugar. El madrugar era, en efecto uno de los dramas más fuertes que se le presentaron en este tiempo, y aún mucho después, antes de presentársele los verdaderos, que también él conocería. Aquella idea de su tía era tal vez un gran honor, pero no había honor que le compensase de él aquella desgracia, ni que se tratase de ayudar la misa de un Torres y Bages.

En este tiempo gozaba ya de bastante fama; había empezado su existencia de noctámbulo, de aquel que había de ser toda su vida, y su figura era ya popular en peñas y reuniones. Era la época de Wilde, cuyos triunfos resonaban en toda Europa, la época de D'Annunzio y de Maeterlinck; Eugenio d'Ors les imi-

taba en las reuniones de escritores y artistas, y también Sagarra tuvo un conato de imitación. Él tenía una ventaja sobre todos ellos, y era su origen aristocrático, la posición de su familia; esto, por lo general, no deja de pesar en esta feria de las vanidades que es la vida; esto él lo sabía como nadie, y ya en Ripoll, en medio del triunfo, codeándose con los más altos representantes del clero, con marquesas, obispos y abades, que le felicitaban, no dejaba de notarlo: «Mi nombre familiar les cantaba perfectamente en los oídos —escribe—; conocían, cuando menos vagamente, a mi padre y sabían que mi sangre no era para tirarla a la fregadera».

En este tiempo tenía ya una filosofía personal muy definida, que era de acogerlo todo de la mejor manera; no preocuparse por nada, o preocuparse por las menos cosas posibles y coger los frutos que nos ofrece la vida, sin pensar en el mañana, de acuerdo con aquel hedonismo puesto de moda por Walter Pater en Inglaterra. Esto en nuestro Sagarra no era sólo una filosofía, un propósito: lo llevaba en la sangre, y no le hacía falta imitar a nadie. La vida se le ofrecía como una fiesta continua, y él cogía el goce que pasaba, y también él, como Pater, como Wilde después, hubiera podido repetir la súplica de Goethe al momento que pasaba: ¡Oh, detente, eres tan hermoso! En todo caso, tenía el ejemplo también de Maragall, que lo había recogido en sus versos, con el deseo más íntimo de su alma, y no sólo por un momento, sino por todos los momentos de la vida, en aquella apasionada, en aquella vehemente súplica a Dios de su «Cant espiritual».

*Aquell que a cap moment li digué «—Atura't»
sino el mateix que li dugué la mort,
jo no l'entenc, Senyor, jo que voldria
aturar tants moments de cada dia
per fe'ls eterns a dintre del meu cor!...*

También Sagarra, como Wilde, como Eugenio d'Ors, había declarado, quizá sin decírselo, la guerra al sufrimiento y al dolor, a todo lo feo de la vida.

Tenía Sagarra muchas cosas de común con Oscar Wilde; tenía como él la vanidad de su origen; tenía de común la pereza, la afición al lujo y a las buenas comidas; tenía también el dominio de la palabra y del ademán, su brillante conversación; compartía también con aquél el horror a lo feo y a las miserias de la vida. Como Wilde jugaba Sagarra su paso de comedia, ansioso de llamar la atención; iba en efecto vestido con suma elegancia; llevaba la flor en el ojal, y el bastón de caña de Malaca, con puño de plata, que, según él, «acostumbraban a llevar los elegantes de la época». Él estaba entre ellos, y unido, sobre todo, a aquel modelo, estaba d'Ors, que era el imitador máximo, el gran comediante. No obstante, en Sagarra todo tenía siempre un tono de «tant se me'n

don», y no hubiera hecho para defender nada de aquello el menor sacrificio, como lo dejó sentado en su «Cançó del blat tendre», donde a la vez que proclamaba aquellos principios, nos señalaba el tono que tenían en él :

*No em vingueu amb cares velles
ni em vingueu amb geperuts,
ni amb rostolls o brins de palla
que la calda els ha begut;
ensenyeu-me un blat ben tendre
si em voleu alegrar els ulls.*

A él como a Maragall, no se le hubiese ocurrido nunca pensar en la muerte en un momento de desaliento, o de pena, ni aún ante el mayor desastre ; por encima de todo estaba la vida, y con Maragall habría podido decir, y casi lo dijo :

*Aquell que a cap moment li digué «—Atura't»
sinó el mateix que li dugué la mort,
jo no l'entenc, Senyor*

No, tampoco él lo entendía, y en la voz de su Conde maldito, nos daba su visión de este horror a la muerte, y en él, de su amor exaltado a la vida.

*Que encara que sóc gírgola perduda
i la vergonya m'ha servit de pa,
costa tant de pasar-se de la vida!
la vida es tant amarga de deixar!*

Y en estos días, en el poema que dedicó a la muerte, le elevaba su súplica en el mismo sentido :

*Deixa'ns palpar l'esquifida
canadella del vi d'or,
deixa'ns viure aquesta vida,
dolça mort!*

Pasó Sagarra a Madrid, en octubre del 16, terminados los estudios ; no iba llevado por la ambición, como veremos ; se había licenciado en Derecho, e iba para seguir allí la carrera diplomática. En aquel momento llevaba ya publicados algunos poemas y ganados bastantes premios : entre aquéllos figuraban su «Joan de l'Os» y «El mal caçador», y en Cataluña figuraba entre los primeros.

Al llegar allí conocía ya y había tratado a Unamuno, y sobre todo, a Rubén Darío ; le había visto primero en Barcelona ; después le había visto en Mallorca, en casa de Alcover, e hizo amistad con él. A parte de ellos, en espíritu los conocía puede decirse a todos ;

Sagarra había sido, en efecto, un gran lector y gran admirador de la literatura castellana de su tiempo, y sobre todo, de sus poetas.

Madrid, por esto, le encantó. «Al llegar a la capital de España para establecerme allí como estudiante y observador —escribe— me di cuenta de que la cosa más fácil —para él, naturalmente— era ponerse en contacto con los prestigios más importantes de las letras castellanas, porque estos prestigios llevaban capa y sombrero duro, o sombrero romántico, y se pasaban todo el santo día y toda la santa noche haciendo tertulia en unos cafés de divanes de terciopelo rojo, viejos y desgastados, pero desesperadamente hospitalarios». Y en otro lugar nos dice aún: «En un mundo como aquél, la cordialidad estaba al orden del día, y al poco tiempo de estar en Madrid, sin más credencial que un cierto aplomo y el título de poeta mediterráneo, ya podía entrar adonde fuese y discutir con quien me diese la gana». El aplomo, ya lo sabemos, lo tenía, tenía el título de poeta mediterráneo, y el mejor de su simpatía. Al poco tiempo, en efecto, Sagarra conocía a todos los escritores y poetas; había hecho amistad con algunos, y entre éstos, los de más fama y asistía a peñas y a reuniones.

Una noche, acompañado de un amigo, fue por primera vez, a la famosa tertulia del café de Pombo, que presidía Gómez de la Serna; allí exageró un poco más la comedia modernista; era imprescindible. Aquella noche extremó, nuestro poeta, su indumentaria; se puso a tono. Se presentó, nos dice, «con una corbata que suponía un escándalo, y con una aguja, que, montada en oro antiguo, era un respetable topacio granate del volumen de un huevo de perdiz». Esto —añade— ya me daba un cierto carácter, pero quise añadirle un monóculo con montura de carey acompañado de una gran cinta de moaré negro». Fue como se esperaba, un éxito, se hizo amigo de Gómez de la Serna, y frecuentó la tertulia, hasta que se cansó.

En aquella estancia se le vio asimismo en las peñas del Ateneo, se le vio en los estrenos de teatro, e hizo amistad con algunos actores, asistió a reuniones y a fiestas aristocráticas, siempre con su bastón en la mano y su flor en el ojal impecablemente vestido; donde no debió de vérselo, o muy poco, fue en el Instituto Diplomático y Consular, que era el objeto de aquella estancia en la capital de España.

El resultado fue que al final, a pesar del éxito alcanzado, no siguió la carrera, y también en esto se reveló el poeta que había en él, despreocupado de su porvenir, despreocupado de asegurarse una posición en la vida, despreocupado de todo aquello que no fuese su vocación.

El da muchas razones, y algunas de peso, como son el miedo a embrutecerse con el cargo, a la nostalgia, a su amor irrefrenable

a la libertad, y su incapacidad para sujetarse a ninguna disciplina : yo creo que todo esto, podría resumirse en dos palabras : amor a Cataluña, a Barcelona.

Se encontraba en Barcelona ; había renunciado a su carrera cuando se le ofreció una nueva oportunidad, otro triunfo ; la corresponsalía de un periódico. Para ir de corresponsal de un periódico, por poco importante que sea —y esto lo sabemos todos—, median, por lo general, visitas, recomendaciones, súplicas, y se consigue o no se consigue. A él se le ofrece también aquí sin esfuerzo. Un día recibe de Madrid una llamada telefónica. Era Ortega y Gasset ; era puede decirse, la primera figura de España, y le llamaba a él para ofrecerle la corresponsalía de *El Sol*, que era a la sazón el primer periódico de España. De este modo se van abriendo ante él las puertas. No tiene más que pasar. Hasta él, en este punto concreto, parece extrañado, él que de tan pocas cosas se extrañaba. «Es curioso —escribe— que teniendo en Madrid excelentes periodistas, más duchos que yo en el oficio, Ortega me escogiese a mí, que era un muchacho inexperto, que no sabía alemán y que no había demostrado en los diarios ser una gran pluma que digamos. Es verdad, pero con Ortega había ocurrido lo que con todos : había sentido el influjo de su palabra y de su presencia, de su simpatía, tanto más cuanto que Ortega se pagaba también mucho, como él, y hasta demasiado, de las apariencias ; tenía una debilidad por los triunfadores, por los que brillan por su nombre y por su figura, cosa que Baroja no deja de reprocharle en sus «Memorias».

Sagarra fue a Alemania, pero comprendió muy pronto que tampoco aquello era lo suyo, y poco después regresaba a Barcelona. Nuestra ciudad, lo hemos visto, le atraía ya con fuerza irresistible. De los estudios de la Universidad, en aquella fiesta continua que era su vida, había pasado a los encantos de la vida nocturna de Barcelona ; había pasado a las delicias de las cenas en el Suizo, en el Continental, en la Maison Dorée, donde encontró guisos divinos —es palabra de él— y compañeros que estaban a la altura de los guisos. Era la Barcelona feliz de antes de la guerra, en que se producían todas las sorpresas y tenían lugar todos los milagros, de la cual nada truncaba la alegría y la feliz despreocupación. El, Sagarra, se había ya dejado prender en el embrujo de aquellas noches, y nada podía ya apartarle de allí.

No obstante, su regreso tenía esta vez un motivo más concreto, y aquí vamos a encontrarnos con el primer tropiezo grave de su vida, con su primer fracaso sentimental, con algo serio que pesará ya en su vida de una manera permanente. Sagarra nos dice, en efecto, que regresó de allí para casarse y que el casamiento no se celebró ; apenas nos dice nada más. Habla muy poco del

hecho, pero le dedicó todo un libro de versos, este libro con que celebró los grandes acontecimientos de su vida, los lutos de su alma y también las fiestas de su alma. El libro es «Cançons de taverna i d'oblid», «donde, nos dice el autor, aunque se valga de imágenes y ficciones, no puede eludir la confesión de ciertos desastres íntimos.»

No sabemos qué se ocultaba en aquel fracaso, o no lo sé yo. Tal vez pensaba en ello cuando algunos años después ponía esta queja en boca del pastor desdeñado de su «Comte Arnau».

*Així pots alçar-la nit i dia
fer-ne tot el que vulguis sense por,
amb diners la llebreta s'amansia
i no amb un flabiol i una cançó.*

No había, es verdad, ninguna novedad en el hecho, si fue así, y desde los tiempos más remotos, a las mujeres, en general, les han gustado más las joyas y las sedas, que las flautas y las canciones, y ya Tíbulo, en la vieja Roma, lloraba por lo mismo.

El estrago, no obstante, debió de ser importante. No es difícil de adivinar; era el primer golpe grave, que, después de la muerte de su madre, le asestaba la vida.

Lo notaremos en una inclinación mayor a la tertulia, a la vida nocturna de Barcelona, en la tendencia más ferviente a la amistad, como si buscase un refugio, y también en los versos, que fueron siempre su definitiva consolación, como en todo poeta; otra cosa —un cambio— notaremos aún en su vida. Sagarra desde este momento se apartaría casi por completo de las mujeres, como si, con aquella ilusión muerta, hubiese sepultado para siempre en su alma, la ilusión de la compañera.

Se había instalado ya en Barcelona. Le agradaba Madrid, tal vez sí; Alemania le había encantado; se entusiasmó con París, pero él era ante todo barcelonés. Sólo en Barcelona se encontraba en su centro: su vida estaba en ella, y no hubo otro más barcelonés que él, ni siquiera Maragall, tan enamorado también de su ciudad: su vida, José M.^a de Sagarra, la tenía en Barcelona, y en ella, en el recinto de la Barcelona vieja: entre las Ramblas y la Layetana, entre la calle Ancha y la plaza de Cataluña: en aquella Barcelona había quedado él prendido para siempre. En ella tenía sepultura su existencia, con este Ateneo, también en él, donde tuvo su segundo hogar, su república de la amistad; con la terraza del Colón, en las noches celestiales de verano, frente a la ancha plaza de Cataluña; con las Ramblas más abajo, y cerca de las Ramblas, el viejo Romea escenario de sus triunfos, y en el centro de todo, dominándolo todo, la mole de la catedral, cuyas campanas había oído a través de los años, desde su infan-

cia, sonando en las grandes solemnidades : en las solemnidades de su ciudad y también en las fiestas de su alma.

Habían pasado algunos años, y él estaba instalado en Barcelona, y de manera definitiva Sagarra estaba en su hora más brillante, en su hora de más popularidad. Ya no era el elegante de su juventud, un poco el petimetre a lo Wilde, que conocimos. Sagarra ha engordado, tiene anchas espaldas, no obstante, no ha dejado sus hábitos aristocráticos ; viste con elegancia, lleva su sombrero hongo y su grueso bastón ; cuando se quita el hongo ostenta una calva respetable. Su andar es un poco pesado, y avanza con las espaldas levantadas como iniciando un gesto de «tan se m'en don» que respondía como sabemos, a su sentimiento dominante. Disfrutaba de una salud perfecta, que era también la condición de su optimismo ; nos dice que en su vida apenas recordaba haberse quedado un día en la cama, ni siquiera de niño, en que pasó como casi todos sus viruelas.

La gente creían que era un bohemio, un hombre desordenado, un imprudente, que bebía más absenta y menos agua de Seltz de la que bebía. El tenía interés en propagarlo, pero él sabía muy bien que no había tal. «Por más que aparente ser un desordenado, en el fondo soy más cartesiano de lo que creen mis amigos» —confesaría más adelante—. A mí me parece que lo era más incluso de lo que creía él, y otras cosas que pasaban de cartesianismo. Llevaba vistas ya muchas cosas en lo que había vivido, y ya sabía que en la vida pueden producirse los hechos más asombrosos. El lo miraba todo, lo miraba con ojos atónitos, es verdad, como había mirado tantas cosas de la vida, pero no asustado, y apenas sorprendido, y dispuesto a aceptarlo todo sin aspavientos, a favor siempre de la inmensa bondad de la vida.

En el fondo era y fue siempre el hijo de buena familia, de una generación ya fatigada, con un fondo apático, un vago escepticismo ante la vida, una bondad innata, y una filosofía de la vida de acuerdo con su escepticismo y su bondad, y sentía que en la vida es preciso no tomarse las cosas demasiado a punta de espada ; esto lo sabía ya desde muy joven y lo había puesto en boca de su Silvestre :

*Quan un mal pensament, ni poc ni gaire
vol arrencar-se i se'ns atura a dins
no hi a pas res millor que prendre l'aire
i anar a escampar la boira pels camins.*

Esto lo sabía mejor, y lo practicaba, y sabía que en último extremo ha de vivirse, cosa que también nos dijo y también en verso, que era como hablaba mejor.

*Si no hi ha qui el nus desfaci
del present, ni el més enllà,
no hi fa res: passi el que passi
hem de llaurar.*

Lo que hizo, sobre todo, fue esto: encogerse de hombros en el último momento, y decir como su Luard, de la «Balada del mariner», cuando ha perdido la partida:

Si, mira! Va com va!

Era, como buen poeta, perezoso, y siempre se sentía mejor, a lo que creo, ante una cena con amigos, en una tertulia donde infaliblemente animaba él la reunión, que devanándose los sesos ante una cuartilla, ni aunque fuese para escribir versos, que era lo que hacía mejor y con más facilidad. En esto se pareció también a Oscar Wilde, que no daba un paso sin tomar un coche, aunque fuera para cruzar de un lado a otro de la calle. Aquel gran poeta, y gran desgraciado, a uno que le preguntaba si no hacía ejercicio, le dijo que sí: que se acordaba de que alguna vez había jugado unas partidas de dominó en París en las terrazas de los cafés. Sagarra iba en esto por el mismo camino, y nos explica que, siendo joven, iba con unos amigos a un gimnasio, donde «sobre todo —dice— fem exercicis de mandra».

Tres cosas aborreció Sagarra en la vida, o fue en todo caso las que más aborreció: la suciedad, o la bohemia, aunque a veces presumiera de practicarla, el madrugar, y el lerrouxismo, porque tenía la candidez de creer, con la mayoría, que sólo en aquel partido estaban los pillos, los ladrones y la gente perdida, y no se pensaba que los ladrones, los pillos, los vivos, en aquel tiempo, y supongo que en todos los tiempos, están en todos los partidos, y están siempre en relación con la mayor o menor prosperidad de los partidos, es decir, en aquel que ofrece mayores, o menores, posibilidades de ejercer el oficio. Esto lo pudimos ver muy bien en los años que siguieron, y el auge de nuevos partidos. En el fondo, hubo mucho de juego político, y ya se sabe que tales juegos fueron siempre un poco sucios. Más adelante, en Madrid, rectificó algo este criterio: «No es —escribe— que en Madrid me volviese lerrouxista, pero convine que el mundo era más complicado de lo que creía, y no era prudente, sobre todo, cuando a uno no le va ni le viene, tener criterios demasiado cerrados ni demasiado exclusivistas».

La política era, lo hemos dicho, un sucio juego ; no obstante, Sagarra, en cierto momento de su vida, se dejó arrastrar por él : Sagarra intervino en política. Era el mal de la época ; también a nuestro Sagarra, como a la mayoría de los escritores, de aquel tiempo, la aventura le tentó ; se sacudió la pereza, dejó las tertulias y los amigos, y se embarcó para una campaña electoral.

Militó en su juventud en «La Lliga» ; odiaba al lerrouxismo, si alguna vez llegó a odiar algo, aunque fuese en política, y sentía por Cambó una admiración apasionada, admiración que no mermó nunca, ni siquiera cuando más adelante, esta vez con «Acció Catalana», había de atacar con furia —furia fingida, naturalmente—, a los prohombres de aquel partido. Al líder siempre le guardó veneración, tanto más cuanto que en él veía el triunfador, el hombre, el hombre de voluntad indomable, el magnífico orador, y a la vez el millonario todopoderoso. Para él lo tenía todo ; en el fondo, tenía además el ser defensor de sus ideas más verdaderas, de sus creencias, a pesar de todo. Cambó por su parte, siempre sintió por él admiración, y le dispensó un trato continuo de amistad. Se mezcló en ella, es verdad, una cierta condescendencia, esa condescendencia del hombre de acción por esos hombres inútiles, que son, a sus ojos, los poetas.

El que Sagarra fuese a la política, a la lucha, debe atribuirse más a curiosidad, que a un entusiasmo verdadero, que nunca sintió. Para él representaba aquello una fiesta, un juego más de la vida, mucho más tentador para él, que contrariamente a la mayoría de los escritores, tenía condiciones de orador. Puede decirse, sin embargo, que más que ir él a la política, la política fue a él. A Sagarra le ocurrió en esto exactamente como a Baroja, pero con una diferencia : que Baroja militó en las filas del lerrouxismo, y Sagarra en contra de él.

Como Baroja, y algunos años antes que él, Sagarra se había ya divertido, descubriendo la maraña secreta de dónde salían los diputados de España ; después se hizo esta reflexión, de que «aquello de un hombre un voto se convertía en una cosa tan irreal y mitológica como la semana de los tres jueves o el argumento de la Walkiria» y nos da una versión sagarrenca de las elecciones, como aquel nos daría una versión barojana. En el fondo, coinciden los dos en una conclusión misma, y que puede resumirse en las palabras de nuestro poeta : «Allí comprendí —escribe— que todo tenía un gran interés, y que los niños, las corbatas, los gorros, las dentaduras y el tufillo de los modestos patricios reunidos allí ofrecía una de las más originales y de las más cínicas interpretaciones del sistema democrático».

Como vemos, él lo acogió sin grandes muestras de pesar, sin gritos, sin protestas, como siempre, y como un muchacho que estaba preparado para ver todo lo que querían enseñarle de la

vida ; de todo aquello, lo único que le agradó fue la comida con que le regalaron, mucho más, desde luego, que descubrir las trampas, las mentiras y engaños, con que se iba a la caza del voto, y de la cual sabía ahora todos los misterios.

«Convenimos, mientras liquidábamos las botifarras en compañía de un "pa moreno" del otro mundo, que la elección de un diputado a cortes, si tenía su lado tétrico, tenía sus contrapartidas innegables».

Todavía hizo otra campaña, también en favor de «La Lliga», que nos contó también, y no sin gracia, y que terminó asimismo en fracaso. Más adelante, durante la República, y arrastrado por el ambiente, volvió a intervenir, esta vez en el partido de «Acció Catalana». Era el partido de los moderados de izquierda ; en él figuraban los intelectuales, los hombres de más prestigio en conjunto, y era para nosotros el más simpático, y naturalmente, fue un fracaso.

Sagarra, después de esto, no volvió ya a mezclarse en política ; soportó el revés, como soportó siempre los reveses, sobre todo, en este tiempo, en que la vida le guardaba casi intacta la manzana ; éste y otros más graves que le ocurrieron, no le quitaron, como nos dice, una hora de sueño. Aquello fue una experiencia, divertida a ratos, a ratos desagradable, y volvió a lo suyo, que eran los versos, y a contemplar desde la altura, no como Dante, sino como Molière, la comedia de la vida, la a veces alegre farsa de la vida.

Es verdad que, en su juventud, arrastrado a veces por el ambiente, tuvo impulsos de rebeldía, pero fue más fingida que real ; se entusiasmó aparentemente por una idea, por una opinión, y se disputó y riñó por ella. Esto le ocurrió en Madrid, en una disputa en el Ateneo —el ambiente empezaba ya a caldearse—, en la cual se vio metido él en una discusión. Estaba, nos dice, Calvo Sotelo, él, y el famoso doctor Albiñana, y se enzarzaron en una disputa violenta, se supone que sobre política. Es un caso raro, ya que a Sagarra apenas le descubrimos riñas, violencias, de que era un declarado enemigo ; debió de hacerlo sin duda arrastrado más bien por la vehemencia de Calvo Sotelo, que por la indignación que le pudiese suscitar, o por el gusto de disputar, que también lo tenía, sin otro objeto que disputar.

Sea como sea, estuvo a punto, nos dice él, de que el doctor Albiñana le asestara un bastonazo con su grueso bastón de caña de bambú, que dice, «no abandonaba nunca» ; dos «señores venerables», que estaban presentes, pidieron según él, al presidente, también presente, que le expulsara del local ; ni Albiñana le descargó el bastonazo, ni el presidente le expulsó, y la fiesta terminó como le gustaba a él que terminara. Nos dice que al final, y para

rematar el asunto, él y Calvo Sotelo se fueron a una cervecería de la Plaza de Santa Ana donde coronaron la fiesta comiéndose una docena de langostinos «que si no eran —dice— tan macizos como la caña de bambú del doctor Albiñana, eran perfectamente respetables». Sin duda, para su gusto, debió de faltar una cosa: que el doctor Albiñana y los dos «respetables señores» indignados, hubiesen comido con ellos. Este era, cuando menos, el José María de Sagarra, conciliador que conocimos.

No era, ya lo sabemos, hombre de convicciones demasiado arraigadas; tenía una gran comprensión para las debilidades humanas. En este punto pesaba también su educación; pesaba aquel ambiente «de tilla i àrnica» que constituía, según él, el fondo de las costumbres de su casa, es decir lo que vio y vivió de pequeño, y pesaba también aquel «jugo de regaliz timorata», como él dice, «adquirido en el ambiente del colegio religioso, y del cual, también nos lo dice, «veníamos impregnados, por más que presumiéramos de valientes».

De aquí nació, sin duda, su tendencia a los gestos exagerados, a las actitudes destempladas, y a los cándidos cinismos, en las cuales no hacía más que defenderse; Sagarra se esforzó, en efecto, siempre, en aparecer como un hombre rudo, nada sentimental, y un tanto cínico, en jugar a «l'enfant terrible», más de acuerdo con su época que consigo mismo, y en contradicción con su carácter; de aquí también la abundancia en su obra de expresiones fuertes, de imágenes duras, a veces brutales, a menudo de dudoso gusto; pero con ellas se defiende mal; se defenderá mejor con la ironía, y estas frases, estas expresiones de prestado, resultan detonantes en su obra, extrañas a ella; suenan a falso.

Las principales ocupaciones del poeta, en este tiempo, eran la asistencia a la peña de esta casa, a aquella famosa peña donde Eugenio d'Ors acudía, «a mantener —nos dice Sagarra— uno de los monólogos más brillantes que se han producido en el país», con lo cual a la vez que nos habla de los grandes dotes de don Eugenio, alude suavemente a su manía de actuar de divo, de no dejar nunca meter baza, cuando hablaba él; allí d'Ors mantenía uno de los monólogos más brillantes, es verdad, pero él no se quedaba a la zaga, y decía además sus estupendos versos satíricos, que eran repetidos después por toda Barcelona; Sagarra asistía a fiestas, a certámenes; iba con sus amigos a cenar por los restaurantes de las Ramblas; se dejaba caer en la tertulia del Colón, después de haber asistido a alguna función de varietés, o de teatro, si había algún estreno, y cuando no quedaba ya nada que ver, ni nadie con quien hablar, se retiraba a su casa ya casi con el alba, y a veces sin casi. La vida continuaba desarrollándose como una fiesta; las gentes le atraían más por divertidas, por des-

preocupadas y un poco cínicas, un poco payasos, que por sabios o inteligentes, aunque también le atraían; de Eugenio d'Ors le agradaba sobre todo el Ors, como dice, «del humor, al de la dislocada cabriola y de la audacia verbal», es decir, un poco el cómico, aunque sabía muy bien reconocerle los méritos. A parte de Ors, y guiado por estas preferencias, sus amigos mejores fueron Carner, Pujol, José Pla, y sobre todo, Pijoan. La figura de Pijoan fue la que más atractivo ejerció en él. «Cuando más lo iba descubriendo —nos dice— en el camino de la gresca y de la socarronería, más iba ganando en mi entusiasmo». Con todos ellos se trató, pues, tuvo amistad con todos y con otros menos importantes, pero igualmente divertidos, elementos irremplazables para la fiesta de su vida. A veces se identificó tanto con ellos que pareció uno más del grupo, y al lado de ellos representó a menudo a maravilla el papel de cínico despreocupado, de actor de la farsa de la vida; de él algo tenía, pero muchos menos del que aparentaba tener. Sagarra, en el momento extremo, en la hora de la decisión, apareció siempre como un sentimental; como ese sentimental que llevamos en el fondo la mayoría de los catalanes, que es lo que nos caracteriza mejor, con la barretina, y que a veces nos salva, y muchas más nos pierde, que es nuestro gran defecto, y es nuestra virtud mayor. Este sentimiento le impidió confundirse con aquellos, algunos de los cuales convirtieron su vida en una pura farsa, en una broma sin sentido, por más que a veces fuese divertida. Aquel sentimiento le salvó, sin que quiera decirse que los otros se perdieran, pues algunos, y casi todos, tuvieron, o tienen, un destino brillante. A él aquel sentimiento le hizo el más humano de todos, el más accesible, el más inclinado a la bondad, y sobre todo, el más sincero. Era también, y sin duda por esto, el más poeta, o el más grande como poeta.

Él, en los momentos graves, se recobraría siempre; sabía llegar al fondo de él, aquel fondo donde dormía su fe de niño; era ésta como una luz que no se apagó nunca del todo a través de su vida, y a la cual tendería más de día en día a medida que pasarían los años, y sentiría en sus espaldas, como dice, «los garrotazos» de la suerte.

En el momento decisivo surgiría en él un impulso sincero, surgiría en él esta bondad que alentaba en el fondo, bondad heredada sin duda de su padre, y que hacía que sus bromas peores, lo que parecían sus mayores cinismos, viniesen siempre exentos de malicia; no llevaban veneno. Eran flechas sin punta, que se paraban en la satisfacción de disparar, y él miraba más que herir a sus enemigos a divertir a su cuadrilla.

Pocas veces, y casi diría nunca, descubrimos en él un gesto de ira; siempre el tono indulgente, porque ni los hombres ni la vida le habían herido de niño demasiado, y casi no le habían he-

rido, ya fuera efecto de su posición, ya por su bondad natural, o por aquel tino que le guio en la vida y de que hablamos en otro lugar, y más que nada por su despreocupación.

De esa bondad suya, o de esta falta de orgullo, nos dio Sagarra muchas pruebas, pero hay una que destaca entre todas, y que vale la pena referir, pues nos explica como nada este aspecto de su carácter.

En los comienzos de su carrera literaria, y entre los pocos tropiezos que tuvo, uno de los mayores lo tuvo en los Juegos Florales. Había alcanzado ya algunos triunfos; en aquel año había escrito un poema ya de más vuelo, y con el cual estaba entusiasmado. Se trataba de «L'hereu Riera»; y con él esperaba ganar la Flor Natural en los Juegos Florales; llegaba la fecha, envió el poema y esperó tranquilo con aquella seguridad que le daba la costumbre del triunfo fácil y continuo; no se preocupó siquiera de recomendar la obra al Jurado, porque en este aspecto conservaba alguna ingenuidad. Pero los Juegos Florales eran con poca diferencia, como casi todos los Juegos de esta Sociedad nuestra, como casi todos los premios, y los concursos, donde el Jurado principal, aunque invisible son casi siempre las recomendaciones y las amistades, y Sagarra tuvo que ver cómo un hombre desconocido en las lides poéticas le arrebatava el premio. La cosa no obstante, no paró aquí; resultó que el señor premiado, un tal don Evelino Doria y Bonaplata, un buen señor de la alta burguesía barcelonesa, no estaba hecho a aquellos trances. En su vida se las había visto mayores; no sabía cómo arreglárselas para presentarse dignamente a la fiesta, y leer sus versos dignamente. En estos apuros, al señor Evelino no se le ocurrió otra cosa que ir a ver al joven Sagarra; fue a su casa, pues, a pedirle, nada menos, que se encargase él de leerle en la fiesta la composición. Esto era, nos lo dice él, con su eterno humor, pagar la copa y el puro, después de haber ido la fiesta a costa de uno, aunque lo dice en catalán, y con una frase más rotunda. Y no obstante, Sagarra no se atrevió a defraudarle; le dijo que sí, y el día de la fiesta, vestido con su frac y su flor en el ojal, se adelantó en el estrado, «y padeció, como nos dice, los siete cálices, para recitar de una manera un poco airosa aquella triste mediocridad que «no era —añade— la Flor Natural de Barcelona, pero que ni siquiera la Flor Natural de Riudecañes». La leyó sin embargo, sintió resonar aquellos aplausos, que debían, en justicia, resonar para él. Aquí no puede uno menos de acordarse de Verdaguer, que en un caso igual, derrotado en los Juegos Florales, estaba como loco, y hablaba sólo de emprenderla a garrotazos con los miembros del Jurado. Fue el de Sagarra un gesto de elegancia, de superioridad, pero también de bondad, que, lo creo sinceramente, pocos pudieran dar en un país como el nuestro, en que quien más quien menos, todos han

ido con el garrote en la mano, ya visible, ya oculto, aunque más veces oculto, y descargando el garrotazo.

Decíamos que no fue Sagarra hombre de rencores, ni de odios ; apenas descubrimos en él, es cierto, un impulso de indignación muy sentido, y menos de cólera, y casi ni siquiera de envidia. Veía muy bien, lo hemos dicho, lo que había de podrido, lo que había de maldad en el fondo del hombre, y cada día lo veía más, pero sabía superarlo todo y por encima de las penas secretas —que ya las llevaba— podía, por esto, gozar de la vida.

Sus «Memorias» están llenas de esta voluntad del bien, de este sentimiento ; la cantidad de hombres eminentes, de «importantísimos poetas» —los adjetivos, como dijo el otro, nada costaban—, de santos varones, de «bonísimos persones», de grandes amigos que hay en ellos, es tal que se diría que la tierra se ha convertido en el lugar de las bienaventuranzas.

En el fondo, sabía que no era verdad, que había muchos lobos ocultos y cada día lo veía más. No hay que pensar que en este punto se ilusionase demasiado, y que en este tiempo la vida no le hubiese ya murmurado al oído algunas verdades amargas, como podemos ver en sus versos :

*I anem mentint, que es bella cosa
i passem la maroma tremolant
i a la guilla diem: «Senyora Rosa»
i al llop: «Senyor galant»*

Sabía, aún más, y también nos lo dijo, y esta vez en prosa. Sagarra se había sentido indeciso, en un momento, entre seguir la carrera consular o renunciar a ella para siempre, y en esta indecisión había comentado el caso con algún amigo. «Claro es —escribe— que estos argumentos los hice servir solamente con las pocas, poquísimas personas, que sentían por mi un poco de afecto y se interesaban por mi suerte, porque a la inmensa mayoría a los que llamamos amigos y conocidos —y más conocidos que amigos— les daba exactamente lo mismo verme vestido de cónsul como verme de trapero o vendiendo gomas de paraguas a la puerta del Liceo».

Todo esto es verdad, pero eran momentos oscuros de su vida ; era el efecto de una herida reciente, de un desengaño, y aunque en el fondo quedaba aquel poso de decepción, volvía a embriagarse en la vida ; volvía a llamar a la zorra astuta, Señora Rosa, y al lobo carnicero, Señor galante, y diciéndose tal vez que en la viña del Señor, no eran todo zorras y lobos, aunque había muchos ; en

todo caso, lo que procedía era guardarse de los que había: no dormir, que es mal lugar para dormirse, y él también lo sabía:

*Que no son dies de passar pel món
anant dient «qui mal no fa no el pensa»,
amb la gràcia de Déu plantada al front
i sense una eina de defensa.*

No tuvo ciertamente tantos amigos como dice, no puede negarse sin embargo, que tuvo algunos que le guardaron una gran fidelidad, los hubo que mostraron por él un afecto no desmentido nunca, y entre éstos Luis Valeri, que lo manifestó en un acto en honor del poeta celebrado aquí mismo, ¡y fue apenas ayer! —refiriéndonos las intimidades de su amistad con Sagarra, y en que el propio poeta nos divirtió después y nos emocionó, con el relato de sus recuerdos de esta casa, hecho con aquel desenfado, con aquella gracia que lo hacía único entre nosotros.

1925-1930 fueron los años de plenitud de Sagarra; en estos años llegó a la cima de la fama. Estaba ya asentado firmemente en Barcelona, con la raíces en ella, y desplegaba una prodigiosa actividad; era su momento deslumbrante. Escribía comedia tras comedia, publicaba artículos, leía versos, y los daba al público; continuaba acaparando premios; no cometió ya más la tontería del principio; no se descuidó y no le falló ya ni uno. Se pasaba las tardes en la peña del Ateneo, jugaba a los naipes y por las noches se le veía en su tertulia; con todo esto, le quedaba aún tiempo para los viajes, las excursiones en pos de una fiesta, de una comida, recibir a los poetas que venían de fuera, etc., y la gente se preguntaba de dónde sacaba el tiempo, cómo era posible aquel milagro. El secreto estaba en su prodigiosa facilidad; se pareció a Wilde, a Lope de Vega, el cual, como nos dijo de él, escribía una comedia en «horas veinticuatro»; Sagarra no llegó a tanto; según José Plá llegó a escribir una comedia en tres días, acto por día, y lo mismo hizo con sus versos, con sus novelas, con sus artículos.

Este lapso de tiempo, es verdad, señala el momento de plenitud de Sagarra, el momento de su fama mayor, pero como en toda plenitud, en ella se descubre ya la primera sombra; hay ya mezclado un elemento de fatiga; con ella había entrado también en su alma una mayor suavidad, una conformación mayor; por encima de todo, él elevaba su corazón, declaraba su fe en la bondad inagotable del Creador. La mano de Dios estaba para él, con todo, en la bondad esencial de la vida, en la belleza del campo, en la noche estrellada, en el son del viento en los árboles, en los ruidos del mar, del que estaba enamorado, en la amistad, cuando era verdadera, y hasta en el amor, por más que en uno y en otro hubiese

recogido ya las primeras espinas. Así lo sentía dentro de sí, y este momento de su alma, —acaso el de su vida— nos ha sido fijado en un poema; Sagarra se ha detenido cara a cara con su alma, en «la soledad de su corazón» como le gusta decir, aquella soledad en la cual todo se hacía don, todo belleza, todo digno de ser amado:

*Les herbes amargues, les aspres, les bones
la llum que es desperta, l'escuma que es mor,
l'alé i el somriure de totes les coses,
tot sapç estimar-ho, soledat del cor.*

Aquí, no obstante, en esta hora aparece una nota nueva, una inquietud; la preocupación del tiempo, de las nubes que se cercían sobre España, sobre el mundo, aparece ya en la interrogación final. No podía ser de otro modo. En todos sus poemas —nos lo dijo también él— fijó Sagarra un momento de su vida, todos responden a un estado de su alma; en pocos, sin embargo, lo hizo como en este poema de la soledad del corazón, en pocos lo hizo con igual sentimiento y con tanta sinceridad. Sagarra en él, en medio del tumulto de su existencia, del ruido y la vanidad, se enfrenta a solas con su alma, nos descubre su anhelo más íntimo, y nos da a la vez su poema mejor. En él nos dice, sobre todo, la delicia del alma, la delicia de la soledad, de la intimidad de uno consigo mismo:

*Aquesta delícia, que em pren i em convida
a córrer més lliure, més desarrelat
a no refiar-me del bes de la vida
i a cercar en silenci la serenitat.
A no dir misèries ni mal de les coses
a domar la fúria dels sentits rebels
i prendre el que el donin de rosa les roses
i prendre el que em donin de llum els estels.
No ésser rondinaire si em cou la fatiga,
i no esfereir-me davant de la mort,
Tot això m'ensenyes, soledat amiga,
Tot això m'ensenyes, soledat del cor.
I ara que la calma i el repòs s'ajunten
davant del meu rostre tan esgarrinxat
el meus llavis febles encara preguntes
fins quan serà nostra la tranquil·litat?
I l'ànima meva repren cada dia
amb la por i l'angúnia de perdre un tresor,
fins quan el meu viure faràs companyia,
fins quan seràs meva, soledat del cor?*

Al final, sí, por encima de la oración, destaca la pregunta; la interrogación angustiosa: ¿Hasta cuándo será nuestra la tranquilidad? La pregunta no era ociosa; la verdad era que la tranquilidad no sería ya nuestra por mucho tiempo, porque los

caballos del Apocalipsis galopaban ya por el aire entenebrecido, y el huracán empezaba a soplar sobre España, que era donde más la sentíamos. No, la pregunta no era ociosa; daba las gracias, nos decía su serenidad, pero a la vez nos declaraba su inquietud.

A partir de aquí notaremos un cambio en la existencia del poeta; por debajo de su alegría, se percibe cada vez más la nota triste, una vaga desazón por todo. En el fondo percibimos ya como nunca sombras de decepciones, tristezas acaso de abandonos. La Peña de sus amigos decrece de continuo; unos se han casado; otros han desertado de ella por otros motivos.

En este tiempo hablaba más que nunca de lobos carnívoros, de zorras, de la farsa y de la vanidad de todo; nos habla también del «trenc de la vida», que llevaba en la frente, como nos dice con frase gráfica, «el trenc de la vida», algo así como la señal de una pedrada, dado con mano certera; se trata de aquella cicatriz, que más o menos visible, llevamos todos hacia el final, con el recuerdo de los golpes.

Dios le ha dado, es verdad, la gran resignación de siempre, pero su resignación está ahora impregnada de una tristeza nueva, es más dulce; ahora sabe un poco más de las miserias de la vida, y puede decir, como nos dijo, humildemente, y ya con un acento de melancolía:

*Ha estat com es tothom
dins de la nostra vida limitada
ha dat la mà, i algú m'ha dat la mà
i algú m'ha preparat la relliscada.*

Entre tanto, había sonado la hora terrible; el presentimiento que temblaba en sus últimos versos se había hecho ya realidad. El huracán que se anunciaba desde hacía tiempo, se había al fin desencadenado sobre España, con todos los horrores presentidos, y con algunos más, que nadie, ni el ánimo más pesimista, hubiera podido presentir.

Tres años pasó el poeta fuera de su tierra —también él se vio obligado a huir— y a los tres años, regresó; volvió a su ciudad; había salido al mundo huyendo de los horrores de su tierra; ahora volvía a su tierra huyendo de los horrores del mundo. Era en verdad, una época terrible, y él regresaba a su casa, entre los suyos, buscaba el amparo del hogar, como en la tempestad buscan las aves su nido, buscan los animales su refugio.

En ella buscaba él la paz perdida, la tranquilidad, aquella tranquilidad por la que temblaba y ahora había comprendido que en ningún país se está mejor que en el propio. Fueron días sombríos, nos lo dice él. «Mis horas —dice— eran de incertidumbre, y mi posición, de las más negras e inestables. Había vivido y pa-

decido una cruenta discordia civil, y había visto y padecido las consecuencias de la más bárbara y más atroz de las discordias universales».

El panorama era desolador, pero ahora tenía a su lado a su esposa, la compañera ya de sus días, hasta el último momento, y tenía el hijo, que había nacido en el destierro, y estaba en su tierra, entre los suyos. Ellos, es verdad, eran para él motivos de preocupación por ellos, pero eran también compañía grata y un gran consuelo para las horas que quedaban aún por vivir, y que ni él ni nadie sabían lo que traerían.

La vida, entre tanto, resurgió de entre las ruinas, resucitaba de nuevo la animación, la alegría de los hombres, como sobre un campo invernal los esplendores de la nueva primavera.

Todo esto era verdad, pero él, dentro de él, ya no era el mismo. A pesar de todo. Andaba un poco más inclinado; un poco más pesado, más dobladas las espaldas, y no como si iniciara aquel gesto de despreocupación de sus años pasados, sino como si pesara sobre ellas un fardo invisible, y también dentro del pecho, el corazón le pesaba; ya no llevaba su flor, ni su bastón. — ¡Qué lejos estaba aquel tiempo! — Y había dejado ya todas sus vanidades. Allí estaban los árboles; las calles, pero los hombres ya no eran los mismos: muchos estaban fuera, dispersados por el mundo por la ventolera; los otros habían muerto, y tampoco él, a pesar de todo, era el mismo hombre. En muchas cosas se señalaba el íntimo estrago, la desazón íntima, la tristeza y la soledad. Él se esforzaba como siempre, en superarlo todo, en ser el mismo que siempre fue; pero no cuesta mucho descubrirle el estrago; no era difícil adivinarle la amargura, el asco, diríamos mejor de todo lo que le rodeaba; lo vimos en sus conversaciones, lo leímos en sus artículos. No, no se sentía bien con su tiempo, con nuestro tiempo, pero, ¿quién es, me pregunto yo, el hombre que con alguna sensibilidad, con un mínimo de discernimiento, y de preocupación por el hombre, se encuentra bien en este mundo nuestro?

Pero esta vez encontró también su camino, y pudo decir muy bien que Dios le dio el consuelo a la altura de la desgracia, y este consuelo fue su «Montserrat». En el «Montserrat» vemos las tristezas, las penas que le acongojaban, el asco del mundo, pero en él descubriremos asimismo su mayor acercamiento a Dios. El «Montserrat» es la obra de esta hora, en su obra más ambiciosa, y en cierto sentido, lo hemos dicho, su testamento. En él volvía más que nunca a las primeras creencias de su niñez; a la fe de sus padres, a sus sentimientos más puros, y con ellos a la Montaña de Montserrat, a la Santa montaña en la cual estaba todo simbolizado. Nos lo dijo él: «El poeta —escribe— afirma su entusiasmo en el prodigio de la expansión montserratina, en los últimos versos, escritos todavía en una navidad de guerra y en la ceguera

de la más negra confusión, proclaman el valor de la montaña : el valor de una fe, de una tradición, de una cultura».

Esta será, en el fondo, el sentido de su invocación ; pero estaba además, su fe recobrada, resucitada, podríamos decir ; esta fe que palpita en sus últimos versos, en su poema ; su súplica angustioso a la Virgen : es aquella invocación que podríamos elevarle todos, si no por nuestra fe, por nuestra angustia y por nuestra necesidad, porque en su plegaria está la plegaria de todos los hombres de buena voluntad : en ella está, en efecto, la plegaria de todos los hombres que, en medio de la terrible confusión, del odio y la ceguera de este mundo loco, elevan los ojos a la altura, elevan el corazón en un anhelo de bien, de libertad y de paz, de este bien que, como dice él, de día en día se nos ha hecho más necesario : *Més necessari* —dice—, *sí*.

*Més necessari! Que per cada xai
hi ha dotze llops amb punxegudes boques
per esmolar la fulla de l'esglai!
Reina, les teves absolutes roques
ens són imprescindibles més que mai*

Y aún como dice en otro lugar :

*No hi fa res que s'oblidin del passat
els de l'estrepitosa esgarrifança,
muntanya de la meva llibertat,
el teu espigol em té el cor lligat
i tu tot ets història, Montserrat
i perquè ets tot història, ets esperança.*

Poco a poco se ha producido en Sagarra un fenómeno extraño ; comenzó con el continuo regocijo, con la vanidad y la despreocupación, y acabó en la fe y en el olvido de las vanidades ; empezó despreciando a Verdaguer, que esto de despreciar a las glorias reconocidas, es pecado de jóvenes ; ahora volvía a Verdaguer, de vuelta de los errores de su juventud y en un tardío arrepentimiento. Tenían, es verdad, muy poco de común ; sus vidas no pudieron ser más diferentes ; la vida de uno, lo hemos visto, fue una fiesta continua ; la del otro fue una continua tragedia, pero tuvieron tres cosas que los unían : fueron poetas los dos, y grandes poetas ; les unió un mismo amor a la tierra donde nacieron, y una misma devoción, por último a la Virgen de Montserrat.

En los últimos tiempos, José María de Sagarra vivía ya bastante retirado, en su vida había entrado una cierta severidad. Salía mucho menos por la noche ; consagraba más tiempo a su familia, y sobre todo, venía a este Ateneo, a esta casa, que, como

dijo, fue su segundo hogar. No quedaba nada de lo que él había amado: la peña estaba disuelta, la mayoría habían muerto, los otros estaban ausentes; era como si hubiesen muerto también; esplendor de los días lejanos, estaba totalmente apagado, pero aquí estaban las altas palmeras, el rumor de la fuente de nuestro viejo jardín, las viejas salas, y en ellas, los fantasmas de los ausentes; él se sentaba en un viejo sillón, y tal vez en el silencio y la soledad, departía con ellos en callados e íntimos diálogos, y se lamentaba con ellos de tantas cosas perdidas, y se consolaba con ellos. Sagarra venía todos los días aquí, como una cita tácita, como en una querencia misteriosa.

Había muchas tristezas en su vida, muchas pequeñas penas ocultas; como las hay infaliblemente en toda existencia larga: como nos lo dice el clásico, con esta simplicidad deliciosa de los versos de aquel tiempo:

*Siempre lo oía decir,
ahora veo que es verdad,
que quien muchos años vive
mucho mal ha de pasare*

Él no fue, a pesar de todo, una excepción; esto cuenta para todos, pero cuenta más aún para uno que ha sido famoso, que ha suscitado envidias, y más en esta tierra nuestra. A esto se añadía su situación, que la que suele ser en España la vejez de los escritores, cuando no han sabido rebajarse, inclinar, como él dice, la espalda ante los dioses del Olimpo de la tierra, ante los dispensadores de premios y de famas.

Él veía, sí, a otros que, con menos méritos, conseguían prebendas y protecciones, pero sabía también lo que había detrás de estas prebendas, lo que había de vilezas y adulaciones. «Yo no servía —nos confiesa— para ningún cargo disciplinado, ni para nada que exigiera tener que rebajarme ante quien fuese o tolerar la impertinencia de quien fuese, o aceptar la más leve molestia». En otro lugar, se refiere a este punto, con motivo de su intervención en la política. «Ciertos personajes, que no eran poetas —escribe— y presumían de la médula de un Pericles, o de un Cincinato, aunque no fuesen más que astutos títeres, o simples parásitos de la vanidad propia, ante los poetas adoptaban la actitud de perdonarles la vida. Yo era de estos de la vida perdonada, a quien no propondrán nunca para un cargo de responsabilidad que se pasara un par de horas doblando la espalda delante de un personaje decisivo. Con los años que llevo —termina, no sin amargura—, contemplando la comedia humana, he visto doblar la espalda a muchos, y he visto representar papeles de un subalternismo fétido, que después han conseguido el premio y el pesebre».

Él pudo hablar así, porque se mantuvo siempre alejado de aquellas prácticas ; nunca, en efecto, se rebajó hasta aquel extremo, y en la feroz batalla de las ambiciones, en el espectáculo de los muchos que atropellaban por todo, que no respetaban amistades ni afectos, y aún pasarían sobre su madre, él se mantuvo siempre aparte, en la misma actitud elegante ; es preciso reconocerle también esta virtud, y mientras otros acaparaban cargos y prebendás, él tuvo un cargo gris, de algún lucimiento, pero de escasa ganancia, y acabó con nosotros a la Junta de este Ateneo. Es la ganga que se reserva a los que no son capaces, gracias a Dios, de conseguir ninguna ganga ; las otras, las verdaderas, están destinadas a aquellos de que habla el poeta ; las otras, son las gangas de los sentimentales, de los de buena fe, de los que están obligados a esperar que el premio les caiga del cielo.

Sagarra se mantuvo con su dignidad. Conservaba el mismo tono, la misma actitud ; era el de siempre. No llevaba la flor en el hojal, ni el grueso bastón con puño de marfil, ni el hongo gris de sus vanidades juveniles ; pero vestía con elegancia, y nunca se le vio claudicar de sus sentimientos ; fue hasta su último momento el príncipe que había en él, el poeta convencido de su jerarquía entre los hombres. Era el de siempre, y por encima del estrago, el gran enamorado de la vida, lo que fue hasta el último momento. En su último día habría podido repetir la plegaria a la muerte por la vida, que elevaba en su juventud :

*Deixa'ns palpar l'esquifida
canadella del vi d'or,
deixa'ns viure aquesta vida,
dolça mort!*

Pero la muerte no escucha. Le hirió de súbito, cuando estaba aún en pleno sueño, o cuando se preparaba sin duda para ir al mar, a la Costa Brava ; se había enamorado de ella, ya lo sabemos, y volvía a ella con esta fidelidad que guardaba a los objetos de sus primeros amores. Esta vez no podría ya verla.

Poco a poco, arteramente, se había acercado la hora. Nadie había notado nada en él que hiciese sospechar la presencia del mal terrible. Continuaba asistiendo a nuestras Juntas ; se reunía con algunos amigos, los pocos que quedaban ya de la vieja fiesta ; todavía en nuestra última junta le habíamos visto entre nosotros, el mismo de siempre, fumando cigarrillo tras cigarrillo, haciendo un comentario, riendo ; poco podíamos imaginar que era la última vez que le veíamos, que nunca más oiríamos su voz animando nuestras reuniones ; poco podíamos imaginar, ni él ni nosotros, que no habíamos de volverle a ver. Era a principios de verano ; yo había salido para mi pueblo ; poco después me llegaba allí la

noticia ; apenas osaba creerla. Sagarra está gravísimo, y a través de la noticia, se adivinaba el desenlace, que no tardó en ser confirmado ; también para nosotros, los del Ateneo, a parte de Cataluña, fue una mala noticia. Con él perdimos, en efecto, el gran animador de nuestras fiestas íntimas, de nuestras reuniones, la persona que por sus dotes personales, por su gracia en la conversación y por su prestigio, les daba tono ; con nadie podrá ya substituirse, cuando menos, para nosotros, y durante muchos años continuaremos sintiendo su ausencia, el eco de su palabra y de su risa, en la presencia de su silla vacía.

Fue José María de Sagarra un poeta esencialmente popular ; ahora nos dicen que la poesía es otra cosa : que el pueblo no puede entrar en el moderno festín. De aquí esta soledad terrible en que vive el mundo, y esta tremenda soledad en que vive el poeta. Todos hemos perdido. Sagarra fue uno de aquéllos, tal vez el último ; el más grande de este tiempo.

No tuvo, es cierto, la grandeza de Verdaguer ; le faltó la fuerza, la audacia de la fantasía, y la vehemencia del sentimiento ; Maragall le superó también en el vuelo de la inspiración, en la profundidad, y en la pureza ; pero en muchos aspectos pudo compararse con ellos, y aún a veces, superarlos. Una cosa dominó en él por encima de todo : el amor a su tierra. Fue, en efecto, el más catalán de nuestros poetas, el que interpretó mejor a nuestro pueblo sobre los escenarios, en sus poemas, dos de los cuales, los más importantes, fueron concebidos, y escritos, sobre los temas más estrechamente, más vivamente, vinculados a nuestra historia y a nuestra tradición : «El Comte Arnau», y el «Montserrat», en el cual nos dio, lo hemos visto, su profesión de fe más sincera, su «sincerísim testamento», como él dijo, y que concluyó mientras el huracán de la guerra rugía todavía sobre Europa, en el gran desastre. Fue, sí, el más catalán de nuestros poetas, pero ello no fue obstáculo, para que levantase la cabeza por encima de las fronteras, para sentir los vientos de España, los vientos del mundo, y no encerrarse en estrechos localismos, sino que como Maragall, como Verdaguer, concilió su amor a Cataluña, con un interés sostenido por las cosas de España, por las preocupaciones de Europa, porque una cosa no tenía nada que ver con la otra, y también en esto se manifestó como el poeta que era. Es una de las lecciones mejores que nos dio con su vida, y que confirmó con su obra.



MINISTERIO
DE CULTURA





MINISTERIO
DE CULTURA

